

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

SAN ALFONSO M.^a DE LIGORIO
Obispo y Doctor de la Iglesia

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84.7770-150-4

D.L.: Gr. 1990-2001

Impreso en España

INSTRUCCION PRELIMINAR

1. Para que el hombre cumpla sus deberes tiene que considerar, ante todo el fin para que fue creado, y que sólo en la consecución de este fin podrá hallar su felicidad completa.

Ahora bien, el fin último del hombre es amar y servir a Dios en esta vida y gozar de El eternamente en la otra. Es decir que, Dios nos ha puesto en este mundo, no para tener riquezas, ni honores, ni placeres, sino para obedecer sus Mandamientos y alcanzar así la eterna bienaventuranza del cielo.

2. Ya que el primer hombre, Adán, lo creó Dios con este fin y le dio por mujer a Eva, con la que propagase el género humano.

Los creó en estado de gracia y los puso en el paraíso terrenal, indicándole que desde allí serían luego trasladados al cielo a gozar eternamente de una dicha cumplida.

Mientras vivieran en la tierra podrían comer de los frutos de todos los árboles de aquel delicioso jardín, excepto de uno que Dios le señaló a fin de probar su fidelidad.

Pero Adán y Eva, desobedeciendo al Señor, comieron del fruto prohibido, y por este pecado se vieron privados de la gracia divina, arrojados del pa-

raíso terrenal y, como rebeldes a la majestad de Dios, condenados con todo el género humano a muerte temporal, quedando así cerrado para ellos y todos sus descendientes el paraíso celestial.

3. Ese fue el pecado original, con el cual todos nosotros, hijos de padre rebelde, nacemos hijos de ira y enemigos de Dios. Cuando un vasallo se levanta contra su rey, caen en su desgracia no sólo el rebelde, mas también sus hijos.

Para nosotros, por tanto, el pecado original es una privación de la gracia de Dios, causada por la desobediencia de Adán.

4. Sólo María Santísima tuvo, el privilegio de verse inmune de la culpa original. *Ella es Inmaculada.*

La Concepción Inmaculada de María es un dogma de fe definido por el Magisterio de la Iglesia. El Papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, por la Bula *Ineffabilis Deus*, definió que la Virgen María había sido concebida sin mancha de pecado original, en atención a los futuros méritos en su Hijo.

La iglesia nos invita en su Liturgia a cantar en honor suyo:

Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha original.

Conviene anotar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

Este dogma se fundamentó en la Escritura (Gén. 3,15; Lc. 1,28) y en el dogma de la Maternidad divina.

5. Todos los hombres nacemos infectados del pecado de Adán; y en castigo del mismo hállase nuestra inteligencia oscurecida para comprender las eternas verdades e inclinada al pecado nuestra voluntad.'

Pero con el santo Bautismo, en virtud de los méritos de Jesucristo, recobramos la divina gracia y se remedia todo nuestro mal. Por aquí llegamos a ser hijos adoptivos de Dios y herederos del cielo, pero a condición de que sepamos conservar hasta la muerte la gracia recibida en el Bautismo; porque, si por el pecado mortal la perdiéremos, venimos a ser reos del infierno, y unicamente por el Sacramento de la Penitencia podemos, entonces, alcanzar el perdón de los pecados cometidos después del Bautismo.

6. Entre los pecados actuales que el hombre comete, unos son mortales y otros veniales.

Hablando primeramente del pecado mortal, conviene saber que así como el alma da vida al cuerpo, así la gracia de Dios da vida al alma; por consiguiente, así como el cuerpo cuando se priva del alma, muere y su destino es el sepulcro, así el alma, cuando peca, muere a la vida de la gracia, y su paradero es el sepulcro del infierno. De ahí que el pecado grave lo llamemos mortal, pues mata el alma del que lo hace: El alma que pecare. morirá (Ez. 18,20).

He dicho que su paradero es el sepulcro del infierno. ¿Y qué es el infierno?

Un lugar donde los que mueren en pecado padecen eternamente: Estos irán al fuego eterno (Mt. 24,46).

¿Y qué tormentos hay en el él?

Respondo: todo género de males; allí estará el condenado penando en un mar de llamas, presa de todo género de dolores, desesperado y abandonado de todos por eternidades sin fin.

7. Pero ¿cómo es posible que por un solo pecado mortal haya de padecer el alma eternamente?

Quien así pensara demostraría no entender lo que quiere decir pecado mortal. Es el pecado mortal, según definición de Santo Tomás, un *apartamiento del bien inmutable*. Por eso dice Dios al pecador: *Tú me abandonaste y me volviste las espaldas* (Jer. 15,6). Es un desprecio que a Dios se le hace: *He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han menospreciado*. (Is. 1,2). Es mancillar la honra de la divina Majestad: *Con tu prevaricación de la Ley deshonras a Dios* (Rom. 2,23). Es como decirle al Señor: «me voy de tu servicio»: *Quebraste mi yugo, rompiste mis coyundas y me dijiste; «no quiero servir»*. (Jer. 2,20).

He ahí lo que significa el pecado mortal. Por donde se comprenderá ser poca cosa un infierno, cuando ni cien mil bastarían a castigarlo. Quien sin motivo injuria a un esclavo merece ciertamente castigo; pero más si el ofendido es un señor, un príncipe, un rey. Ahora bien, ¿qué son todos los reyes de la tierra y los bienanveturados todos del cielo en comparación de Dios? Son como nada: *Todas las naciones en presencia suya como si no fueran* (Is. 40,17). Pues ¿qué castigo no merecerá una ofensa hecha a Dios y, lo que es más, a un Dios que ha muerto por nuestro amor?

8. Pero aquí hay que notar que para que exista pecado requiérense tres cosas: advertencia plena, consentimiento perfecto y gravedad de materia. Faltando una sola de estas condiciones, no hay pecado, o, si lo hay, será venial nada más.

9. El pecado venial no inflige al alma la muerte, pero sí una herida. No disgusta a Dios gravemente, pero le disgusta. No es un mal tan grande como el pecado mortal, pero sobrepasa todos los males que

pueden afligir a las criaturas. Mayor mal es una mentira, una ligera imprecación, que si todos los hombres y todos los santos y todos los ángeles fuesen lanzados al infierno.

De los pecados mortales, unos son deliberados, otros indeliberados.

Los *indeliberados*, es decir, que se hacen sin plena advertencia o sin consentimiento perfecto, tienen menos culpabilidad, y en ellos todos los hombres caen. Sólo María Santísima, según dijimos, tuvo en esto privilegio de exención.

Más culpabilidad encierran los veniales deliberados, cometidos a plena voluntad y a sabiendas; y más todavía si hay en el corazón apego a los mismos, como en ciertos sentimientos de rencor, en ciertos deseos ambiciosos, en ciertos afectos ya arraigados y en cosas semejantes. Decía San Basilio: *¿Quién se atreverá a llamar pequeño ningún pecado?* Basta saber que es ofensa de Dios para que tratemos de evitarlo sobre cualquier otro mal.

Santa Catalina de Génova, habiendo contemplado en visión la fealdad de un pecado venial, maravillábase de no haber muerto de horror. Y téngase entendido que quien no hace cuenta de los pecados veniales corre peligro, si no se enmienda, de caer en algun pecado mortal. A medida que en el alma se multiplican los pecados veniales, ésta se debilita, cobra fuerzas el demonio y disminuyen las gracias de Dios. Por eso, *el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá.* (Eclo. 19,1)

10. Atendamos, pues, a evitar el pecado, ya que de él únicamente podemos esperar desdichas en esta vida y en la otra. Demos gracias a la misericordia del

Señor, que no ha querido castigar nuestras culpas enviándonos al infierno, y de hoy en adelante cuídemos con esmero la salvación de nuestra alma, convencidos de que siempre será poco cuanto hiciéremos por salvarla.

11. Cuenta a este propósito San Agustín que, hallándose el emperador Graciano en la ciudad de Trévesis, dos oficiales de su corte paseando por las afueras de la ciudad vinieron a dar en una cabaña en que habitaban ciertos monjes, siervos de Dios. Allí hallaron un códice con la vida de San Antonio Abad. Se puso a leer en ella uno de los cortesanos, el cual, lleno repentinamente del espíritu de Dios, dijo a su compañero: «Amigo, después de pasar nosotros tantos trabajos y fatigas, ¿a qué podemos aspirar en este mundo? Cuando más, a conseguir la privanza del emperador. Y supuesto que logremos tenerla, ¿cuándo llegará ese día? En cambio la amistad de Dios ahora mismo, si queremos, la podemos alcanzar.» Y dicho esto, continuó su lectura hasta que movido más poderosamente por Dios, el cual en aquel instante le hizo comprender la vanidad del mundo, exclamó: «Está Bien; quiero abandonarlo todo y salvar mi alma; desde ahora mismo resuelvo quedarme en este monasterio para pensar únicamente en servir a Dios. Si tú amigo mío, no quieres seguirme, ruegote que por lo menos no te opongas a mi determinación.» El compañero respondió que también él se quedaba, y así lo hicieron.

Dos jóvenes doncellas prometidas a los dos en matrimonio, no bien supieron el cambio obrado en ellos, dejaron igualmente el mundo y consagraron al Señor su virginidad.

12. Pero para salvarse no basta con haber comenzado, es preciso perseverar. Y para perseverar debemos permanecer en humildad desconfiando siempre de nuestras propias fuerzas, confiando sólo en Dios y pidiéndole constantemente la gracia de la perseverancia.

¡Pobre del que confía en sí mismo engreído con sus propios meritos!

Refiere Paladio de un solitario que en el desierto se pasaba los días y las noches en oración y hacía vida tan penitente que se atrajo la admiración de las gentes. Pero el infeliz puso los ojos en sí mismo y, mirando a sus virtudes, daba ya por segura su perseverancia en el bien y la salvación de su alma. Más he aquí que, apareciéndosele el demonio en forma de mujer y habiéndole tentado a pecar, no supo el desgraciado resistir, y pecó. Apenas realizado el pecado, huía de allí el demonio soltando una estrepitosa carcajada. El solitario abandonó el desierto, y tornó al siglo y se entregó en cuerpo y alma a todos los vicios, enseñándonos por aquí cuán temerario sea confiar en nuestras propias fuerzas.

PRIMER MANDAMIENTO

No tendrás más Dios que a Mí
(Ex., 20,3)

1. *Obliga este Mandamiento* a tributar a Dios el culto y el honor que le es debido.

Quién sea este Dios no podemos nosotros comprenderlo; pero bástenos saber que es un Ser:

Independiente. Todo depende de El, y El no depende de nadie. Consecuentemente, tiene en sí todas las perfecciones, pues no hay quien pueda limitárselas.

Omnipotente. Puede todo cuanto quiere. A un simple ademán de su voluntad brotó el mundo de la nada.

Creó primero los cielos y los ángeles. A éstos los hizo espíritus puros y en estado de gracia.

Pero Lucifer, movido por la soberbia, negóse a acatar el mandato de adorar al Hijo de Dios que había de hacerse hombre; y, rebelándose contra el Señor, arrastró consigo una tercera parte de los ángeles. Todos los cuales fueron al punto arrojados del cielo por el poder de San Miguel y sepultados en el infierno.

Estos son los que llamamos *demonios*, que nos tientan a pecar para hacernos compañeros de sus tormen-

tos. Y ¡ay, pobres de nosotros, impotentes para resistir a sus tentaciones, si Dios no estuviera de nuestra parte con sus auxilios! Auxilios que El nos quiere dar, pero a condición que se los pidamos apenas sentimos los ataques del tentador.

Los ángeles que permanecieron fieles a Dios fueron admitidos inmediatamente a gozar de la gloria celestial. A estos ángeles encomendó luego el oficio de custodios nuestros: *Mandó a sus ángeles que cuidasen de ti, los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres.* (Sal. 91,11). Todos los días, por consiguiente, debemos dar gracias a nuestro Angel de la Guarda y pedirle que siempre nos asista, sin dejarnos ni un momento de su mano.

2. *Creó después el Señor la tierra y todas las cosas que hay en ella;* y finalmente al hombre, formando a nuestros primeros padres Adán y Eva, como antes dijimos.

Por donde se ve que Dios es el Señor de todo cuanto existe, pues todo lo ha hecho El. Y así como para crear las cosas le bastó un simple movimiento de su voluntad, así podría, si quisiera, volverlas a la nada.

Todo lo dicho se refiere al atributo de su omnipotencia.

Es, además, *sapientísimo*. Gobierna todas las criaturas sin ningún esfuerzo ni dificultad; ve y tiene presentes todas las cosas pasadas, presentes y futuras, y sabe todos nuestros pensamientos mejor aún que nosotros mismos.

Es eterno. Siempre ha sido y siempre será; no tuvo principio ni tendrá fin.

Es santo. Santo en todas sus obras, incapaz de hacer mal ninguno.

Es justo. No deja obra mala sin castigo ni buena sin recompensa. Añadamos que es todo compasión con los pecadores arrepentidos y todo amor con las almas que le aman.

En suma, que Dios es el Bien infinito, de suerte que ya no puede ser mejor ni más perfecto de lo que es.

3. Pues bien; a este Dios, que nos creó y nos conserva, es a quien debemos amar y reverenciar. Amor y reverencia que debemos darle practicando principalmente las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. *Por la fe, la esperanza y la caridad* —dice San Agustín— *debe ser Dios honrado.*

§ 1.—De la Fe

4. La fe es un don divino, una virtud infusa que Dios comunica a nuestras almas en el Bautismo, por la cual creemos las verdades que el mismo Dios reveló a la Santa Iglesia y que la Iglesia, a su vez, nos propone a creer.

Con el nombre de *Iglesia* se significa la congregación de todos los bautizados que profesan la verdadera fe, bajo una cabeza visible que es el Papa (1 bis).

Dícese de los *bautizados*, para excluir a quienes no habiendo aún recibido el bautismo no pertenecen a la Iglesia.

Dícese *que profesan la verdadera fe*, para excluir a los herejes, los cuales, aunque, como bautizados,

(1 bis) Véase el Apéndice a este capítulo, donde se estudia a la iglesia en su aspecto interno, esto es como *Cuerpo místico de Cristo*.

pertenecen a la Iglesia, son miembros separados de ella.

Y se dice *bajo una cabeza visible, etc.*, para excluir a los cismáticos, los cuales no están bajo la obediencia del Papa. Estos fácilmente pasan de cismáticos a ser herejes. Con razón escribe San Cipriano: «Brotaron las herejías y naicieron los cismas por no someterse al Sacerdote de Dios (al Papa), y por no tener presente que en la Iglesia no hay más que uno que a la vez que sacerdote es también juez, en lugar de Jesucristo» (*Epist. a Cornelium*).

5. *Todas las verdades reveladas se contienen en las Sagradas Escrituras y en la Tradición Apostólica* que poco a poco fué comunicando Dios a sus siervos.

Pero ¿cómo sabríamos con certeza cuáles son las verdaderas tradiciones, cuáles las verdaderas Escrituras y cuál el verdadero sentido de las mismas si no tuviésemos la Iglesia, que nos lo enseña?

La iglesia ha sido establecida por Jesucristo como columna y fundamento de la verdad (1 Tim. 3,15). A ella ha prometido el mismo Salvador nuestro que nunca se verá dominado por sus enemigos: *Las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella* (Mt. 16,18). Las puertas del infierno son las herejías y los herejarcas, que han abierto el camino a tantas almas engañadas. Y esta Iglesia es la que a nosotros nos indica por medio de sus ministros las verdades que debemos creer. *Yo no creería en el Evangelio —dice San Agustín— si a ello no me moviese la autoridad de la Iglesia católica.*

6. Por manera que *el motivo de creer nosotros las verdades de la fe es que Dios, Verdad infalible, las ha revelado a su Iglesia, y que la Iglesia nos las*

propone como reveladas. Si queremos, pues, formular el acto de fe, diremos: «Dios mío, porque sois verdad infalible y habéis revelado a la Iglesia las verdades de la fe, yo creo todo lo que la Iglesia me propone a creer».

7. Veamos ahora qué cosas son las que debemos creer.

Entre los artículos de la fe, los principales son cuatro: 1. *Que Dios existe.* 2. *Que Dios es remunerador,* es decir, que premia con la gloria eterna del cielo a los que guardan sus mandamientos y castiga a los que no los guardan con las penas eternas del infierno. 3. *Que en Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo,* las cuales, aunque distintas entre sí, no son sino un solo Dios, pues las tres son una sola esencia y una sola divinidad. De manera que así como el Padre es eterno, omnipotente e inmenso, así igualmente es eterno, omnipotente e inmenso el Hijo, y lo mismo el Espíritu Santo. El Hijo es engendrado por la mente del Padre. El espíritu Santo procede de la voluntad del Padre y del Hijo por el amor con que los dos mutuamente se aman. 4. *La encarnación del Verbo eterno,* esto es, de la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo. El cual, por obra del Espíritu Santo, se hizo hombre en el seno de la Virgen María. Asumió el Verbo nuestra humanidad de tal manera que las dos naturalezas, la humana y la divina, se unieron en una sola persona, que es Jesucristo, el cual padeció y murió por nuestra salvación.

Pero ¿que necesidad había de que Jesucristo padeciese por salvarnos? Mirad: el hombre había pecado. Para obtener el perdón era preciso que el hom-

bre diese a Dios una justa satisfacción. Mas ¿qué satisfacción condigna podía ofrecer el hombre a la infinita majestad de Dios? Y Dios, entonces, ¿qué hizo? Enviar su propio Hijo a hacerse hombre. Y este Hijo, que fue Jesucristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, satisfizo por el hombre a la divina justicia.

Ved por aquí cuán obligados estamos a Jesucristo y cuánto amor le debemos.

8. Hay artículos de la fe que debemos creer *por necesidad de medio*, es decir, que la ignorancia de cualquiera de ellos haría absolutamente imposible nuestra salvación.

Otros se han de creer *por necesidad de precepto*, es decir, que es obligatorio creer en ellos; pero si acontece que alguien los ignora inculpablemente, esta ignorancia ni es pecado ni es obstáculo para la salvación eterna.

Los dos primeros artículos anteriormente dichos; a saber: que *Dios existe y que es justo remunerador*, son ciertamente de *necesidad de medio*, conforme dice el Apóstol: *Sin fe es imposible agradar a Dios. Por cuanto el que se llega a Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan* (Hech. 11,6).

Los otros dos; a saber: *la trinidad de Personas y la encarnación del Verbo*, son para algunos autores de necesidad de precepto y no de medio; de suerte que el que los ignore con ignorancia inculpable puede, no obstante, salvarse. Pero, según sentencia más común y fundada, deben creerse explícitamente por necesidad de medio. En todo caso, es cierto —por declaración del Papa Inocencio XI al condenar la pro-

posicion 64— que no puede ser absuelto sacramentalmente quien desconozca estos dos misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación.

9. *Por necesidad de precepto, pero bajo pecado mortal, hay que saber y creer los demás artículos del Credo, al menos los principales, como son:*

1º. *Que Dios creó el cielo y la tierra y que conserva y gobierna todas las cosas.*

2º. *Que María Santísima es verdadera Madre de Dios y que permaneció siempre virgen;*

3º. *Que Jesucristo, después de muerto, resucitó al tercer día por su propia virtud. Que subió a los cielos, donde, aún en cuanto hombre, está sentado a la diestra de Dios Padre, es decir, que posee establemente una gloria igual al Padre.*

Decimos que *aun en cuanto hombre*, y os lo explicaré. Jesucristo, *en cuanto Dios, es igual en todo al Padre; en cuanto hombre, es inferior a El.* Pero como quiera que nuestro Salvador —según declaramos anteriormente— junta a la vez en una única persona el ser de hombre y el ser de Dios, de ahí que en el cielo la Humanidad de Jesucristo tenga una gloria y majestad igual a la del Padre, no por propia dignidad, sino por estar unida a la persona del Hijo de Dios. Cuando el rey se sienta en el trono, en el trono está también la púrpura regia que aquél lleva sobre sus hombros; de la misma manera la Humanidad de Jesucristo, aunque de suyo no esté a la altura de Dios, sin embargo, por el hecho de estar unida a una Persona divina, ocupa el mismo trono que Dios, tiene la misma gloria que Dios.

10. 4º. *Que al fin de los tiempos todos los hombres resucitarán y serán juzgados por Jesucristo.*

5°. *Que nuestra iglesia católica romana es la única Iglesia verdadera y es necesaria para la salvación.* El Vaticano II teniendo presente las palabras de Cristo sobre la necesidad de la fe y del bautismo para salvarse (Mc. 16,16; Jn. 3,37), concreta así esta cuestión, afirmando el hecho de que “*quienes sabiendo y conociendo la necesidad de la Iglesia, no quieran entrar o perseverar en ella, no pueden salvarse*” (I.g. 14).

6°. *La comunión de los Santos*, por la que todo fiel cristiano, mientras se halla en gracia de Dios, participa de los méritos de todos los justos, así de la Iglesia peregrinarse como de la Iglesia celeste o triunfante.

7. *La remisión de los pecados*; de manera que si estamos verdaderamente arrepentidos de nuestras culpas, todas se nos perdonan en el tribunal de la Penitencia.

8. Finalmente, *la vida eterna*; esto es que quien muere en gracia de Dios, se salva y es llevado al lugar de los bienaventurados, donde gozará de Dios eternamente; mientras que, por el contrario, quien muere en pecado mortal, es enviado a las eternas penas del infierno.

11. Además de lo dicho, *todo cristiano debe saber los Mandamientos de Dios y de la Iglesia*; y cada cual —clérigo, hombre casado, magistrado, médico, etc.— debe saber las obligaciones principales de su estado o profesión.

12. *Todos igualmente deben conocer y creer los siete Sacramentos y sus efectos* : los del Bautismo, Confirmación, Penitencia y Eucaristía, siempre;

los de los restantes cuando llegue la ocasión de recibirlos.

Todos deben saber el *Padrenuestro*.

¿Y qué es el *Padrenuestro*? Una oración que Jesucristo mismo compuso y nos dio para que supiéramos pedir las gracias más necesarias para nuestra salvación.

Una noche San Hugo, obispo de Grenoble, postrado en su cama por la enfermedad, llevaba rezados ya trescientos *Padrenuestros*, cuando el paje que le servía, temiendo que el repetir tantas veces lo mismo pudiese perjudicar a su salud, le aconsejó echar un poco el freno. Mas el Santo se negó a ello diciendo que cuanto más repetía el *Padrenuestro* sentía mayor alivio en sus males.

Conviene sobre todo repetir aquellas palabras: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; ya que la mayor gracia que Dios puede darnos es la de hacer en esta vida su voluntad santísima; y aquellas otras: Y no nos dejes caer en la tentación*, pidiendo que el Señor nos libre de aquellas tentaciones en las que, ya El sabe bien, sucumbiríamos.

Y junto con el *Padrenuestro*, el *Ave María* que es la mejor manera de encomendarse a la Madre de Dios, por cuyas manos nos llegan, como asegura San Bernardo, todas las gracias que Dios dispensa a los hombres.

Todos deben saber que *existe el purgatorio*, en el cual se satisface la pena temporal que merecieron nuestros pecados y que no se pagó durante la vida.

Esta verdad debe movernos a rezar y ofrecer sufragios en favor de las benditas ánimas que se hallan en el purgatorio, cuyas penas estamos obligados a aliviar, ya que, por una parte, los males que pade-

cen son gravísimos (el más pequeño de ellos sobrepasa todos los dolores de la vida presente), y, por otra, las almas no pueden valerse por sí mismas. Si tropezáramos a un podre desgraciado en gravísimo aprieto y estuviera en nuestras manos ayudarlo fácilmente, ¿no es verdad que nos creeríamos en la obligación de socorrerlo? Pues así debemos socorrer también por lo menos con nuestras oraciones, a las ánimas benditas.

13. Y todos, finalmente, deben saber que es muy buena y provechosa para nosotros la invocación de los Santos, principalmente de María Santísima. Esto es verdad de fe declarada por el Concilio de Trento (Ses. 25), al condenar la doctrina del impío Calvino, para quien era ilícito recurrir a los Santos y pretender por su intercesión los divinos auxilios necesarios para la salvación. No es que digamos que Dios no pueda salvarnos sin la ayuda de los Santos, sino que así lo exige el orden establecido por Dios, el cual quiere que, mientras vivamos en este mundo, nos dirijamos a El por medio de las súplicas de los Bienaventurados. «Esto —dice Santo Tomás— exige el orden de la divina Ley, que nosotros, mientras habitamos en este cuerpo peregrinos de Dios, tornemos a El por la mediación de los Santos». Lo mismo enseñan otros doctores.

Por la misma razón debemos venerar también sus reliquias, así como las cruces y toda imagen sagrada.

14. Antes de pasar adelante, quiero responder a lo que alguno podría objetarme.

—Dicen que es clara la verdad de nuestra fe. ¿Clara, cuando tantos de sus misterios (la Santísima Tri-

nidad, la Encarnación del Verbo, la Eucaristía, etc.) son para nuestra inteligencia tan oscuros e incompresibles?

Respondo: Las verdades que la Fe nos propone son oscuras, pero no lo es la verdad en sí misma de la Fe, la cual costa con toda certeza por las pruebas que de ella tenemos.

Las verdades de la Fe son oscuras, y el mismo Dios quiere que lo sean; primero, porque este es el obsequio que Dios exige de nosotros; que todo cuanto El nos ha revelado lo creamos sin comprenderlo; y, en segundo lugar, para que creyendo lo que no entendemos, merezcamos. ¿Qué mérito tendría el hombre en creer lo que ve y entiende? “Se pierde el mérito de la fe —dice San Gregorio— cuando la verdad que admitimos es demostrable por la humana razón.»

Y si nosotros no llegamos a comprender ni siquiera los secretos del mundo material: por qué el imán atrae al hierro; por qué un grano de trigo puesto en tierra produce otros muchos; el poder del rayo; las leyes del mundo sideral, ¿nos maravillaremos de no alcanzar con nuestras luces los misterios sobrenaturales?

15. Sí, las verdades de la Fe son ocultas.

Pero la Fe es cierta, se funda en pruebas tan evidentes que habrá que tener por loco a quien no la abraza. Estas pruebas son múltiples.

a) En primer lugar, *las profecías* que los Libros Santos consignaron en siglos remotos y que posteriormente tuvieron realización punto a punto. Desde mucho tiempo atrás anunciaron los profetas —entre ellos Dabid, Daniel, Ageo y Malaquías— no

sólo el hecho, sino hasta las circunstancias de la muerte de nuestro Redentor. Anunciaron cómo los judíos, en castigo por la muerte que dieron a Jesucristo, perderían el templo y la patria y, ciegos en su pecado, se verían dispersos por toda la tierra. Y todo, como sabemos, se ha cumplido. Anunciaron que a la muerte del Mesías seguiría la conversión del mundo; empresa que realizaron los Apóstoles, quienes sin letras, sin blasones, sin dinero, sin amparo de nadie, antes bien, con la oposición de los más poderosos de la tierra, convirtieron el mundo, induciendo a los hombres a abandonar sus falsas divinidades y sus vicios inveterados, y a abrazar una fe que exige la creencia de tantos misterios incompresibles e impone la práctica de leyes tan difíciles y opuestas a nuestros diversos apetitos, como amar a los enemigos, privarse de los placeres sensuales, sufrir los desprecios y poner el corazón, no en los bienes visibles de esta vida terrena, sino en los invisibles de la vida futura.

16. Otra prueba evidente de nuestra fe son los *milagros* obrados por Jesucristo, por los Apóstoles y por otros muchos Santos en presencia de sus mismos enemigos; quienes, no pudiendo negar tales prodigios, achacábanlos a arte diabólica; cuando lo cierto es que hacer verdaderos milagros como esos que sobrepasan las fuerzas naturales: resucitar muertos, dar vista a los ciegos y otros semejantes (como podemos leer en los evangelios)— no es cosa del demonio, el cual no tiene poder para ello; y cierto también que Dios no puede permitir un milagro sino en confirmación de la verdad y nunca en favor de la mentira, porque en este caso se engañaría a Sí mismo. Y así, los verdaderos milagros que todavía ve-

mos entre nosotros (baste el milagro de San Jenaro) son prueba segura de nuestra fe.

17. También lo es, y grande, *la fortaleza de los mártires*. En los primeros siglos de la Iglesia, y bajo el poder de tiránicos perseguidores, se vio a millares de cristianos —y entre ellos multitud de tiernas doncellas y niños— que, antes que renegar de Jesucristo, corrieron alegremente a los tormentos y a la muerte. Escribe Sulpicio Severo que en tiempo de Diocleciano iban espontáneamente los mártires en busca del juez, deseando el martirio con más ardor que los hijos del mundo los honores y riquezas terrenales.

Célebre en la historia es el martirio de San Mauricio con toda la legión Tebea. Había ordenado el emperador Maximiano que todo su ejército asistiera al sacrificio nefando que ofrecía a los dioses del imperio, a fin de tenerlos propicios en la expedición militar que iba a emprender. Se negaron Mauricio y su tropa, pues todos eran cristianos. Sabedor de ello el emperador, mandó que en castigo de tan grande rebeldía fuesen diezmados, esto es, que por cada diez legionarios uno fuese decapitado. Todos deseaban les tocara la suerte de morir; de manera que los que quedaron con vida envidiaban a los que ya por Cristo la habían sacrificado. Supo esto el emperador y ordenó la diezmada por segunda vez, con lo que se reavivó en todos el deseo de la muerte. Hasta que, para terminar de una vez, no tuvo el tirano más solución que la de disponer fuesen degollados en masa. Todos entonces se descñeron alegremente las armas y se dejaron matar como mansos corderos, sin la menor resistencia y con demostraciones de júbilo.

§ 2.—De la Esperanza

20. Otra de las virtudes teologales que Dios infunde en el alma es la Esperanza por la cual esperamos de la divina misericordia con confianza absoluta la felicidad eterna por los méritos de Jesucristo, y mediante nuestras buenas obras, hechas con el auxilio de Dios.

Objeto primario de la Esperanza es la vida eterna, es decir, Dios mismo, del cual esperamos gozar.

Objeto secundario son los medios para conseguir la eterna bienaventuranza, a saber, la gracia divina y las buenas obras que, con el auxilio de esa misma gracia, realizamos.

Los motivos de la Esperanza son: a) *La omnipotencia* de Dios, que puede salvarnos; b) su *misericordia*, que quiere salvarnos; c) su *fidelidad* a la promesa que ha hecho de que nos salvará por los méritos de Jesucristo, si así nosotros se lo pedimos. He aquí la promesa: *En verdad, en verdad os digo, cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo dará.* (In. 16,23). Sin esta promesa, ningún fundamento tendríamos para esperar de Dios la salvación ni los medios a ella conducentes.

21. Pero si Dios es nuestra esperanza, ¿cómo es que la santa Iglesia hace que invoquemos a la Santísima Virgen diciendo *¡Salve, esperanza nuestra!*?

Preciso es distinguir: Dios autor de la gracia y fuente de todo bien, es nuestra esperanza como *causa principal*. María es también esperanza nuestra, *en cuanto que es medianera* entre Jesucristo y los hombres. Por eso San Bernardo, hablando con María le dice: «Por Ti, oh descubridora de la gracia y madre de salvación, tenemos acceso a tu Hijo Jesús; de suerte que el que

por tu medio se nos dió por tu medio nos recibe». Queriendo con esto decir que así como no podemos llegar al Padre sino a través de su Hijo Jesucristo, que es mediador de justicia, así no podemos llegar al Hijo sino a través de la Madre, que es mediadora de la gracia y la que con su intercesión hace llegar hasta nosotros los bienes que Jesucristo nos mereció. De ahí que San Bernardo llame a María «Toda la razón de mi esperanza» y que la Iglesia quiera que la invoquemos diciendo: *¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!*

22. ¿Cómo se peca contra la esperanza?

1.^o Desesperando de la divina misericordia. Así pecó Caín, cuando después de dar muerte a su hermano Abel, exclamaba: *Mi iniquidad es tan grande que no puedo tener perdón (Gén. 4,13)*. ¡Como si Dios no hubiera podido perdonarle, caso de haberse él arrepentido!, cuando el mismo Dios es quien ha dicho: *Volveos a Mí y yo me volveré a vosotros (Zac. 1,3)*.

2. Presumiendo salvarse sin contar con el auxilio divino o pretendiendo alcanzar misericordia sin romper antes con el pecado. El que en la lucha contra las tentaciones se apoya en sus propias fuerzas, no recibirá auxilio de Dios y será vencido. Para triunfar del tentador debemos recurrir al punto y confiadamente a Dios. *Nadie que en El espere —dice David— pecará (Sal. 91,14)*. El mismo Dios lo asegurará por estas palabras: *Porque confió en Mí, yo le libraré (Sal. 34,23)*.

23. ¿Y cómo se hace el acto de esperanza?

Así: «Dios mío, confiando en vuestras promesas, porque sois poderoso, fiel y misericordioso, espero

por lo méritos de Jesucristo la gloria del paraíso y los medios que necesito para alcanzarla.»

24. Necesaria es la Esperanza para salvarse; pero la sola esperanza no basta; es necesaria la cooperación de nuestras buenas obras.

Vemos cómo los Santos llegaron hasta a dejarlo todo para conseguir su eterna salvación. Cuenta San Juan Damasceno en la *Vida del monje Josafat*, hijo de un rey de la India y sucesor suyo en el trono, que, iluminado por luz celestial y deseoso de asegurar la salvación eterna de su alma, despreció todos los bienes y delicias de la tierra, huyó del palacio real y ocultamente se largó al desierto, donde pasó toda su vida en continua oración y penitencia. A su muerte vieron ángeles llevar su alma bendita al paraíso.

Oíd también lo que hizo una mujer —según refiere el historiador Sócrates— por el afán de ganarse el cielo. Valente emperador arriano, había ordenado al prefecto de la ciudad de Edesa, en Mesopotamia, castigar con la muerte a todos los católicos que se reunían en la basílica del Apóstol Santo Tomás para practicar sus devociones. Cuando ya el prefecto se dirigía a ejecutar el bárbaro mandato con un pelotón de soldados., irrumpió entre ellos una mujer llevando un hijito suyo en los brazos. Preguntaba que a dónde iba con tanta prisa, repondió: «Voy a la reunión de los católicos.»

—Pero ¿no sabéis —dijo el prefecto— que tengo orden de matarlos a todos?

—Precisamente por eso corro allá con este único hijo de mis entrañas, para tener la suerte de morir por Jesucristo e ir a gozar de El en el cielo.

El prefecto contó el caso al emperador y que to-

dos, igualmente, estaban dispuestos a morir. Entonces el emperador, considerando que no era cosa de matar en un momento tan gran multitud, retiró su sangriento mandato.

§ 3.— De la caridad

25. La caridad es una virtud infusa, que nos mueve a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, porque Dios así lo dispone.

El motivo, pues, de la Caridad es la infinita bondad de Dios, por la cual merece ser amado en Sí mismo, aun cuando no hubiera premio para el que ama, ni castigo para el que no le ama.

Viajando San Luis, rey de Francia, vio venir por el camino una señora que en una mano traía un hachón encendido y en la otra un cántaro de agua. Preguntada qué pretendía con ello respondió: «Quisiera con esta tea reducir a ceniza el cielo y extinguir con esta agua el fuego del infierno, para que así los hombres amen a Dios no por la esperanza del premio ni por el temor del castigo, sino sólo por lo que en sí mismo merece ser amado.»

* * *

26. Veamos ahora la manera de ejercitarnos en estos actos de Fe, Esperanza y Caridad.

1.º El acto de Amor de Dios debemos repetirlo con más frecuencia que los de fe y esperanza. Dice el Señor en la Escritura que el Mandamiento de su amor debemos meditarlo siempre, así estando en casa como yendo de viaje, así al acostarnos como al levantarnos. Y añade que debemos traerlo en las manos y ante los ojos y escribirlo en las puertas de

nuestra casa (Dt. 6, 6-9). Todo lo cual significa la obligación que tenemos de hacer a la continua actos de amor de Dios; y la razón es que difícilmente podrá observar este mandato divino quien no se ejercite con frecuencia en amar a Dios. Decía Santa Teresa que los actos de amor son leña que mantiene encendido en nuestros corazones el santo fuego de la divina caridad.

A juicio de algunos autores, debemos hacer actos de amor a Dios por los menos cada día; según otros, cada semana; yo juzgo que como mínimo deben hacerse una vez al mes. Es conveniente, sin embargo, que el cristiano no debe pasar un solo día sin hacer estos actos de Fe, de Esperanza y de Amor a Dios.

27. 2.º También el acto de amor al prójimo deberá hacerse formalmente por lo menos cada mes. Y esto por la misma razón de antes: que no ejercitando esos actos a menudo, difícilmente practicaremos con el prójimo el amor que le debemos.

En cuanto a este amor al prójimo, conviene saber que el Papa Inocencio XI condenó la proposición que decía: «No estamos obligados a amar al prójimo con *acto interno y formal*. Proposición condenada, porque es innegable que debemos amar al prójimo no sólo externamente, más también con acto interno y formal de nuestro corazón. Y así peca quien se complace en su daño o se entristece por su bien.

28. Esto significa el mandamiento: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt. 22,39). No obstante, si alguno viese con gusto o deseara males temporales sobre algún obstinado pecador, a fin de que se arrepienta, o no siga siendo piedra de escándalo, o deje de oprimir al inocente, ese tal no pecaría, co-

mo enseña San Gregorio, diciendo: «Puede acontecer muchas veces, sin detrimento de la caridad, que la ruina del enemigo nos alegre, y que nos afija su triunfo: lo uno, porque esperamos que tal ruina sirva de merecida exaltación de algunos buenos, y lo otro, porque tememos que tal triunfo traiga a muchos de éstos opresión injusta».

Por el contrario, peca quien se alegra de la muerte o de cualquier otro mal del prójimo por la esperanza de algún bien temporal que de ello le pueda venir a él. Pero adviértase que una cosa es alegrarse de la causa que origina el provecho y otra alegrarse del efecto o provecho en sí mismo. Lo primero es ilícito; lo segundo es permitido, y así, en el caso citado, bien puede el hijo alegrarse de la herencia adquirida por causa de la muerte del padre.

29. Estamos, pues, obligados a amar al prójimo con amor interno, y, según antes dijimos debemos hacer siquiera una vez al mes actos de amor a nuestros semejantes. De las obras externas de este amor hablaremos luego.

30. 3.º Veamos ahora la manera de formular todos estos actos de que venimos hablando.

ACTO DE FE: *Dios mío, porque sois verdad infalible y habéis revelado a la Iglesia a las verdades de la fe, yo creo todo lo que la Iglesia me propone a creer. Creo especialmente que Vos sois mi Dios, creador y señor de todas las cosas. Creo que por una eternidad premiáis a los justos con el paraíso y castigáis a los pecadores con el infierno. Creo que Vos sois uno en esencia y trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas y un solo Dios. Creo que la segunda persona, que es el Hijo, se hizo hombre,*

fue crucificado y resucitó por salvarnos a nosotros pecadores.

Esto es lo que se refiere a los cuatro misterios principales que debemos creer de necesidad de medio.

Hagamos ahora el acto de la fe acerca de las verdades que debemos creer de necesidad de precepto.

Creo, asimismo, que María Santísima es verdadera Madre de Dios y siempre Virgen. Creo que Jesucristo, después de su muerte, resucitó al tercer día por su propia virtud y que al cabo de cuarenta días subió a los cielos, donde está sentado a la diestra de su eterno Padre, es decir, igual a El en gloria y majestad. Creo que Jesucristo, al fin de los tiempos, cuando resuciten todos los hombres, ha de venir a juzgarlos. Creó que la Iglesia católica romana es la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación. Creo en la Comunión de los Santos, por la que todo fiel cristiano, estando en gracia de Dios, participa de los méritos de todos los justos. Creo que Dios perdona los pecados a todo pecador arrepentido. Creo en todos los Sacramentos y que por ellos se nos comunica la gracia de Jesucristo. Creo en los diez Mandamientos del Decálogo. Creo, finalmente, todo lo que cree la Santa iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano y protesto que en esta santa fe quiero vivir y morir.

ACTO DE ESPERANZA: Dios mío, confiando en vuestras promesas, porque sois todo poderoso, fiel y misericordioso, espero por lo méritos de Jesucristo la gloria del paraíso y los medios para conseguirla, esto es, el perdón de mis pecados y la perseverancia final en vuestra divina gracia.

ACTO DE AMOR Y DE CONTRICION (ésta es

inseparable de aquél): Dios mío, porque sois bondad infinita y digno de infinito amor, os amo con todo mi corazón sobre todas las cosas, y por vuestro amor amo también a mi prójimo. Me arrepiento con todo mi corazón, ¡oh soberano Bien!, de haberos ofendido; y propongo, ayudado de vuestra divina gracia, la cual os ruego me concedáis ahora y siempre, morir antes que volver a ofenderos. Propongo además recibir los Santos Sacramentos en vida y en la hora de mi muerte.

31. 4º. Todo cristiano está obligado a hacer estos actos cuando llega al uso de la razón y cuando se halla en peligro de muerte. Durante la vida, hay que hacer, por lo menos una vez al mes, según queda dicho, actos de amor a Dios y al prójimo.

A los actos de fe y de esperanza, no estamos obligados con tanta frecuencia como lo estamos a los actos de amor. Con todo, hay ocasiones en que de una manera indirecta y *per áccidens* estamos obligados a hacerlos, como cuando recibimos los Sacramentos o cuando, tentados gravemente contra la fe, la esperanza o la virtud de la pureza, podemos librarnos de estas tentaciones con sólo practicar dichos actos.

5.º Nosotros, por nuestra parte, fieles amadísimos, procuraremos hacer los actos del cristiano todos los días y el de amor a Dios todavía más a menudo, persuadidos de que quien no haya conseguido poner en su corazón amor a Dios, difícilmente perseverará en la divina gracia, pues dejar el pecado sólo por temor de los castigos en harto difícil y de poca duración.

Pidamos, pues, continuamente al Señor nos de su amor y no nos cansemos de hacer actos de amor, ya que tanto le agradan.

§ 4.—De la oración de súplica

32. Atendamos además en este Mandamiento a la obligación que tenemos de encomendarnos a Dios, a fin de poder con su ayuda triunfar de las tentaciones y perseverar en la gracia.

La de la perseverancia final, como declaró el Concilio de Trento (Ses. 6), no podemos merecerla por nosotros mismos. Es un don que Dios otorga gratuitamente a quien quiere, pero que indudablemente lo da a quien humilde y confiadamente se lo pide.

Es común sentir de los teólogos que esta oración de súplica es necesaria para todos de necesidad *de medio*, es decir que el que a Dios no invoca no puede perseverar en gracia ni, por lo tanto, salvarse. Por eso aseguran que cometería culpa grave quien pasara un mes entero sin encomendarse a Dios.

33. El Señor desea darnos sus gracias, pero quiere que se las pidamos: *Todo el que pide, recibe* (Mt. 7,8). Reparad en las palabras *todo el que*, las cuales dan a entender que, aun siendo pecador el que a Dios implora, alcanzará su gracia. *Todo el que*, «sive iustus, sive peccator» —dice el autor de la *Obra imperfecta*—, sea justo, sea pecador. Verdad es que el pecador no merece recibir gracia ninguna: pero afirma Santo Tomás que la fuerza de la plegaria no estriba en la dignidad del que reza, sino en la misericordia y fidelidad de Dios. Y El lo ha prometido: *Pedid y recibiréis* (Io. 16.24). Esta es palabra de Dios, y no puede faltar.

34. Conviene, sin embargo, notar que esta promesa está hecha solamente para las gracias espirituales y no para las temporales. Muy a menudo el Se-

ñor niégase a concedernos los bienes terrenos, como son riquezas, honores o salud corporal; y esto porque nos ama y sabe que dichos bienes perjudicarían a nuestra alma. Por eso, siempre que le pidamos gracias temporales, hagámoslo con resignación y con la condición de que convenga a nuestra salud eterna.

En cambio, los bienes espirituales del alma debemos perderlos absolutamente y sin condición, pero con confianza, con humildad y con perseverancia.

35. *Con confianza.* Jesucristo ha dicho: *Estad seguros de que recibiréis y tendréis cuanto pidiéreis* (Mc. 11,24).

Con humildad, porque Dios resiste a los soberbios y, en cambio, da su gracia a los humildes (Sant. 4,6).

Con perseverancia. Los divinos auxilios que necesitamos para nuestra salvación son muchos; deben formar una cadena de gracias que sólo Dios nos puede conceder; ahora bien, es preciso que a semejante cadena de gracias corresponda por nuestra parte una cadena de súplicas. Si nuestras súplicas se interrumpen, se interrumpen también los auxilios de Dios y estaremos perdidos. Y así como continuamente estaremos inclinados a ofender a Dios, así también debemos estar de continuo pidiéndole que nos ayude. Nuestra actitud habitual delante de Dios debe ser la de un pobre mendigo que suplica sin cesar: *¡Señor, ayúdame!; ¡Señor, asistidme!; ¡Tenedme de vuestra mano, concededme la perseverancia, dadme vuestro amor!* Y esto debemos hacer desde por la mañana, al levantarnos y durante el día, cuando oímos misa y hacemos la visita al Santísimo Sacramento, y por la noche, antes de acostarnos; pero, sobre todo, en los momentos de tentación es cuando debemos re-

currir inmediatamente a la oración diciendo: *¡Dios mío, ayúdame!; ¡Santa Madre de Dios, venid en mi socorro!*

En una palabra, si queremos salvarnos es necesario tener siempre los labios abiertos para rogar a Jesucristo y a nuestra Madre la Virgen María, que alcanza de su Hijo cuanto quiere.

§ 5. Del amor al prójimo

36. El amor de Dios lleva consigo el amor al prójimo. *Quien ama a Dios* —escribe San Juan—, *ame también a su hermano* (1 Jn. 4,21). El que al prójimo no ama, tampoco a Dios amará.

Pero la caridad debe ser ordenada. A Dios debemos amar sobre todas las cosas. Después debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. *Amarás a tu prójimo* —dice el Señor— *como a ti mismo* (Lc. 10,27); no más que a ti mismo. Por manera que no estamos obligados a preferir el bien del prójimo a nuestro propio bien sino cuando se dan estas dos condiciones; que el bien del prójimo sea de un orden superior y el prójimo se encuentre en extrema necesidad.

El orden de los bienes es el siguiente: En primer lugar, la vida espiritual del alma. Luego, la vida temporal del cuerpo. Después, la honra. Y finalmente, los bienes de fortuna.

Así, pues, si el prójimo está en extrema necesidad, estamos obligados a preferir el bien del prójimo de un orden superior, esto es, su salud espiritual a nuestra vida temporal; su vida temporal a nuestra honra; su honra a nuestros bienes materiales. Pero esto, como acabo de decir, únicamente cuando el próji-

mo se halla en extrema necesidad; de lo contrario, no estamos obligados a referir el bien del prójimo, aunque sea de orden más elevado. Y así, si yo me viera acometido injustamente por un asesino, puedo muy bien defenderme (si otro remedio no hubiese), matando al agresor, aun cuando muriendo él pierda la vida espiritual y se condene, porque ninguna necesidad tiene él de quitarme a mí la vida para salvar su alma.

37. Además, el precepto de la caridad nos obliga a amar a todos nuestros semejantes muertos en gracia de Dios; no así a los condenados; antes bien, a éstos debemos aborrecer como a eternos enemigos de nuestro Dios.

Debemos también amar a todo hombre mientras vive, aunque sea pecador y enemigo nuestro. Digo *aunque sea pecador*, pues aunque actualmente esté privado de la gracia de Dios, puede, sin embargo, reconciliarse con El y salvarse. Digo además que *aunque sea nuestro enemigo*, porque la Ley de Jesucristo es ley de amor. Quiere Dios que seamos amados de todos, hasta de nuestros enemigos; y quiere asimismo que nosotros amemos aun a aquellos que nos odian. Los paganos aman a quien los ama, pero los cristianos debemos amar también a los que nos quieren mal. Pero *Yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian* (Mt. 5,44).

Quien perdona a su enemigo, puede estar seguro de que Dios también le perdonará a él sus pecados. El mismo lo ha dicho: *Perdonad y seréis perdonados* (Lc. 6,37). Y al revés, no puede ser perdonado por Dios el que a otros no quiere perdonar. *Será juz-*

gado sin misericordia el que no la tuvo con los demás (Sant. 2,13). Y es que es justo que Dios no tenga compasión de quien tampoco se compadeció de sus semejantes. ¿Con qué derecho —dice San Agustín— esperas que Dios te perdone tus pecados, cuando tú no obedeces a ese Dios que te manda perdonar? ¿Tú quieres vengar la injuria que te han hecho? Pues Dios también la tomará de las muchas que le hiciste tú. Sepan los que siempre están dispuestos a cobrarse de cualquiera injuria que recibieren que viven en continuo estado de pecado mortal.

38. No fue ese el proceder de los Santos, sino que buscaron la manera de devolver bien por mal. A un asesino que había intentado quitarle la vida, le señaló San Ambrosio una pensión diaria con que pudiera vivir cómodamente. Santa Catalina de Siena quiso hacer durante largo tiempo los servicios de una verdadera criada con una mujer enferma, llamada Andrea, que, no contenta con injuriarla de mil maneras, había acabado por calumniarla. Y en la vida de *San Juan el Limosnero* se cuenta que un sobrino suyo, gravemente maltratado e injuriado por un mesonero de Alejandría, acudió con las quejas al Santo, el cual le habló así: «Pues ya que el fulano llevó tan lejos su osadía, yo le enseñaré su obligación y obraré con él de manera que toda la ciudad se llene de admiración.» Y ¿qué hizo? Ordenó a su mayordomo u oficial de tributos que en adelante no cobrase al dicho mesonero ni un céntimo de la renta anual que debía pagar. Esta fue la venganza del Santo, que, por cierto, dejó admirada a toda la ciudad.

¡Así se han vengado los Santos, y por eso llegaron a ser santos!

Por el contrario, ¡desgraciados aquellos que alimentan odios en su corazón!

39. Vengamos ahora a las obligaciones que impone el precepto de la caridad.

1.º La primera es amar a todos nuestros semejantes con amor interno y externo. Por consiguiente, debemos observar con todos, incluso con los enemigos, las muestras *ordinarias* de benevolencia que se usan en la convivencia de los hombres. Y así, aun tratándose de enemigos: *a)* debemos devolver el saludo si ellos nos saludan; *b)* saludaremos primero nosotros si se trata de un superior o persona de condición más elevada que la nuestra; *c)* adelantaremos también nuestro saludo, aun tratándose de inferiores, cuando el hacerlo no supone grave inconveniente para nosotros y pudiera contribuir a disipar la enemiga que se nos tiene.

A los que recibieron alguna injuria u ofensa y dicen perdonar al enemigo, pero a condición de que pague el castigo que todo malhechor merece, difícilmente les absolvería yo, pues será difícil persuadirse de que los tales (no habiendo alguna razón especial que los excuse) tienen el corazón exento del deseo de venganza.

40. *2.º La segunda obligación es la de hacer limosna siempre que el prójimo sea pobre, sobre todo vergonzante, y esté en nuestras manos el poderse la hacer. Lo que os sobra, dadlo en limosna* (Lc. 11,41); es precepto de Jesucristo.

Pero hay que distinguir. Si el pobre se halla en *necesidad extrema* de la vida, estamos obligados a socorrerlo con los bienes superficiales a la nuestra, esto es, con los bienes que no son necesarios para el

mantenimiento de nuestra vida. Si se halla *en necesidad grave*, debemos socorrerlo con los bienes superfluos a nuestro estado.

¡Oh, y qué grandes beneficios nos reporta el socorrer a los pobres! El arcángel San Rafael dijo a Tobías: *La limosna libra de la muerte, por ella se nos perdonan los pecados y hallamos la misericordia y la vida eterna* (Tob. 12,9). La limosna, pues, *nos libra de la muerte*; de la muerte eterna, se entiende, pues a la temporal todos debemos sucumbir. *Borra nuestros pecados*, es decir, nos atrae los divinos auxilios para limpiarnos de nuestras culpas. *Y nos abre el camino de la misericordia y de la vida eterna*, pues Dios, en atención a la misericordia que usamos con el prójimo, se mueve a ser misericordioso con nosotros y a darnos el paraíso. Por eso dice el Espíritu Santo en los Proverbios que «compadecerse del pobre es prestar a Dios con interés» (Prov. 19,17).

Y cuando otra cosa no pudiéramos, socorramos al necesitado, por lo menos, encomendándolo a Dios.

41. Un día San Francisco Javier —según se refiere en su Vida— pidió a Pedro Veglio, hombre acaudalado, la cantidad suficiente para dotar a un joven que se hallaba en peligro. Estaba en aquel momento el caballero jugando al ajedrez, y en son de chanza les respondió: «¿Cómo queréis que os dé de lo mío, ahora que estoy haciendo por ganar lo ajeno?» «Pero, en fin —añadió—, ahí va la llave de mis arcas; id y tomad cuanto os hiciere falta.» El Santo tomó trescientos escudos y envió a decir a su amigo: «Sabed, Pedro, que ha sido vuestra limosna muy del agrado de Dios; de parte suya os prometo que no os faltará durante la vida con que poder vivir holgada-

mente y que antes de morir recibiréis aviso de vuestra muerte, a fin de que os dispongáis a ella; y el aviso será que hallaréis amargo el vino.» Y así sucedió. Advirtió Pedro cierto día que el vino le amargaba la boca, y al instante se preparó a bien morir. De manera que fue feliz en la vida y feliz en la muerte.

Pero si la limosna *nos atrae la misericordia de Dios*, esto se entiende para los pecados cometidos anteriormente, no para continuar impunemente pecando. Por eso dice San Agustín: «Si alguno pretendiese corromper con su limosna a la divina justicia, con todas sus limosnas se condenará y experimentará sobre sí la justicia de Dios.»

42. 3.^a *La tercera obligación es la corrección fraterna.* Debemos hacerla cuando el prójimo se halla en pecado mortal o está para caer en él y hay esperanza de que resulte provechosa. *Vete y corrígele*, dice el Evangelio (Mt. 18,15), *corrígele al pecador*, aunque sea tu Superior o tu propio padre; y mientras haya alguna esperanza —dice Santo Tomás—, debe insistirse en la corrección una y muchas veces, cuando las primeras no dieron resultado.

El deber de la corrección obliga: 1) Cuando la falta del prójimo es cierta, no cuando sólo fuese duda; 2) y aquél no tiene a su lado una persona autorizada que le llame la atención, ni hay la probabilidad de que otros lo hagan; 3) y no hay motivos razonables para temer que la corrección nos acarree daño o compromiso grave; pues si así fuera, estaríamos excusados de corregir, ya que la caridad no obliga con tanto perjuicio. Los padres, sin embargo, deben corregir a sus hijos aun con grave molestia. Mas de esto se hablará más detenidamente en el cuarto Mandamiento.

No estará de más advertir que en esto de la corrección convendrá muchas veces dar tiempo al tiempo y esperar la ocasión oportuna, a fin de que aquélla sea más provechosa.

43. 4.º *La cuarta obligación es consolar a los afligidos*, particularmente a los enfermos siempre que podamos. Dice Jesucristo: *Todo lo que hiciéreis al más pequeño de estos hermanos que creen en Mí, a Mí me lo hicistéis.* (Mt. 25.40). Decía Santa María Magdalena de Pazzi que más quería ella emplearse en el servicio del prójimo que verse arrobada en éxtasis divino; y daba esta razón: Cuando estoy en éxtasis, Dios me ayuda a mí; pero cuando me ocupo en socorrer al prójimo, soy yo quien ayuda a Dios. Por eso escribe San Cipriano que quien socorre al prójimo «cuenta al mismo Dios entre sus deudores».

Quiero referiros a este propósito el grande acto de caridad que hizo San Dídimo en favor del prójimo, según se lee en la Historia eclesiástica. El prefecto de Alejandría. Próculo, en odio a la fe, había mandado fuese encerrada la joven virgen Teodora en un lupanar entre mujeres de mala vida. Dídimo fervoroso hermano de la comunidad cristiana, se disfrazó de militar y penetró el primero antes que nadie, en el lugar donde la santa estaba, la cual se escondió amendrentada en un rincón; pero Dídimo le habló de esta manera: «No temas de mí. Teodora, ningún ultraje; si vengo aquí es para salvar tu honor; toma tú mis vestidos, yo me pondré los tuyos y podrás escapar de aquí libremente.» Dicho y hecho; Teodora, vestida de militar salió sin ser conocida, mientras Dídimo se quedaba disfrazado de mujer.

No tardó en llegar para el Santo joven la tiránica

sentencia de muerte. Lo supo Santa Teodora y corrió inmediatamente al lado de Dídimos para decirle: «Accedí a que me salvaras el honor, pero no a que me robaras la corona del martirio; ésta me pertenece a mí, y me habrás engañado si pretendes arrebatármela.»

Habiendo llegado a oídos del prefecto esta santa contienda, condenó a los dos a ser decapitados; logrando así los dos la dicha de morir mártires por Jesucristo.

44. 5.º *La quinta obligación es dar a todos un buen ejemplo y no escandalizar a nadie.*

Escándalo es un dicho o un hecho que induce al prójimo a pecar.

El escándalo puede ser *directo o indirecto*. Es directo cuando uno obra con la intención positiva de arrastrar a otros al pecado; y es indirecto cuando, aun sin esa intención, las palabras que dice o los actos que realiza son tales, que de ellos se sigue la inducción al mal.

Tanto el uno como el otro constituyen pecado mortal, siempre que induzcan al prójimo a cometer culpa grave.

Existe además el llamado escándalo de *pusilánimes* y el escándalo *farisaico*.

Tiene lugar el escándalo de pusilánime cuando hacemos una acción buena o indifente, y el prójimo, por su debilidad o estrechez mental, toma de ello ocasión de pecar. Debemos evitar este escándalo siempre que podamos evitarlo sin grave molestia nuestra.

Sabe una joven que siempre que va a la iglesia o baja al jardín de su casa, la acecha un hombre disoluto contemplándola con impuros pensamientos. Si

puede la joven sin mayor inconveniente privarse de hacer tales salidas, debe quitar la ocasión. Pero ¿por cuánto tiempo?, ¿siempre? No, ciertamente, sino sólo en cuanto así lo dicta la humana prudencia; de lo contrario, sería imponerse una molestia harto pesada, a la cual no obliga la caridad.

Escándalo *farisaico* es el de aquellos que sin razón ninguna y sólo por propia malicia toman pie de cualquier acción para escandalizarse. Este escándalo no estamos obligados a evitarlo, pues propiamente no es escándalo.

45. Son reos de verdadero escándalo:

Los chismosos. Oyen que uno habla mal de otro, y allá le van enseguida con el cuento; originándose de aquí riñas y enemistades, de las cuales dará cuenta a Dios el chismoso, que las motivó con su escándalo. Recordad el consejo de oro que nos da el Espíritu Santo: *¿Oíste decir alguna cosa desfavorable al prójimo?, pues sepúltala en ti y no la digas a nadie* (Eccl. 19,10).

Los que requiebran de amores a mujer casada o a joven soltera, pero sin ánimo de matrimonio.

Los que hacen el diabólico oficio de tentar a otros positivamente al pecado.

Los que incluso llegan a enseñar actos pecaminosos o la maneraa de realizarlos.

Los que hablan deshonestamente (y es muy corriente este género de escándalo) delante de mujeres o de gente moza y hasta, a veces, delante de los niños inocentes. ¡Oh, y qué terrible estrago causan con ello! Escribe Guillermo Peraldo que «las palabras obscenas son salivazos del demonio que dan la muerte a las almas». Una sola palabra —dice San Bernardo—

puede matar de golpe muchas almas: «No hay más que uno que hable y éste no dice sino una sola palabra, y esta palabra en un momento mata las almas de cuántos las oyen». (Obres Eclec. Ed BAC)

46. Pero ¡ay del escandaloso!; porque dice el Señor: *Al que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en Mí más le valiera le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar* (Mt. 18,6). ¿Habría alguna esperanza de vida para aquel infeliz que fuese arrojado al mar atado a una piedra de molino? Pues esa esperanza —parece insinuar el Evangelio— es la que al escandaloso le queda de salvarse. Dice San Juan Crisóstomo que el Señor fácilmente perdona otros pecados gravísimos, pero no así el pecado de escándalo. ¡Cómo! —dirá Dios—, ¿no te contentas tú con ofenderme, sino que has de arrastrar a otros a que me ofendan? *En el Espejo de los ejemplos* refiérese que Jesucristo habló así en cierta ocasión a un escandaloso: «¡Maldito, pisoteaste tú lo que Yo había adquirido al precio de mi sangre!»

47. Pecan también de escándalo:

Las mujeres con ciertos vestidos que muestran el pecho o las piernas provocativamente.

Los artistas de teatro que representan comedias inmorales, y más aún los autores que las escriben.

Los pintores de cuadros obscenos, así como también los padres o jefes de familia que toleran pinturas de ese género en el adorno de sus casas.

Escandalizan sobre todo los padres que en presencia de sus hijos usan un lenguaje deshonesto o blasfemo; y las madres que, teniendo hijas en casa, consienten la entrada en ella de jóvenes enamorados o

prometidos de las mismas o a otras personas sospechosas.

—Pero si yo —dirá alguna madre— ¡no sospecho mal de nadie!

—Pues debieras sospecharlo; de lo contrario, tú responderas delante de Dios de los pecados que los jóvenes cometan.

48. *¡Ay de aquél por quien viene el escándalo (Mt. 18, 7).* Oíd este horrible suceso que tuvo lugar en la ciudad de Savona por el año 1560. Lo leí en las *Crónicas de los Capuchinos*, y el P. Ardía lo refiere también.

Erase una mujer casada que, después de una juventud disoluta, continuaba su vida de escándalo. Quedó cierto día sin sentido, y durante el letargo vio cómo el Señor la condenaba al infierno. Cuando la infeliz tornó en sí todo era gritar: «¡Desventurada de mí!, ¡estoy condenada!, ¡estoy condenada!» Vino en su auxilio un confesor, pero ella, rechazando la confesión exclamaba: «¿Confesión?, ¿para qué, si ya estoy condenada?» Acercóse una hija con intención de levantarle el ánimo, y entonces la mujer, hecha una furia, le gritó: «¡Maldita!, por tu culpa me condeno, pues por ti he sido escándalo para los demás!» Vieron entonces todos los presentes cómo los demonios, apoderándose de la infeliz, la arrojaron brutalmente contra el suelo haciéndola morir.

49. Y cuenta el autor de *La Biblioteca del Párroco* de un niño de malas costumbres, que hizo perder la inocencia de un compañero suyo. Fue éste al día siguiente a buscarlo para ir juntos a la escuela, como de costumbre, pero aún no se había levantado de la cama. Llamólo el padre, acudió a sacudirle la

pereza; mas al querer abrir una puerta, vio con espanto una sombra que se lo estorbaba poniéndole una mano sobre el pecho. Corrió allí la madre y, a través de un postigo que daba a la alcoba, vio que su hijo yacía muerto al borde del lecho con la cabeza colgando sobre el cuello. Estaba su cuerpo colgando negro como el carbón y marcado con profundos surcos de fuego.

Cuando después supieron por el relato del amigo el escándalo que aquel hijo le había dado el día anterior, comprendieron ser aquello castigo de Dios.

50. Entonces ¿no le queda ya esperanza de salvación al que para otros fue piedra de escándalo?

Sí que le queda, puesto que la misericordia de Dios es grande; pero tendrá que hacer mucha penitencia y ¿pedir continuamente a Dios perdón, y tendrá, además que remediar el mal que causó, dando ahora buen ejemplo con la práctica frecuente de los Sacramentos y con una vida santa.

San Raimundo, juzgándose reo de escándalo por haber disuadido a un amigo de seguir el estado religioso, él mismo dejó el mundo y se hizo fraile dominico.

51. Cuenta el cardenal de Santiago de Vitry que una joven, asediada por un enamorado a causa de sus bellos ojos, arrancóselos ella misma y se los envió con este billete: «Tómame allá mis ojos, pero déjame en paz».

Otra joven dióse un tajo en la nariz y en los labios para no ser a ciertos hombres concupiscentes motivo de tentación.

Santa Eufrasia, viéndose tentada por un soldado le dijo: «Si me permites, yo te enseñaré el secreto de

ciertas hierbas que harán para siempre invulnerable tu cuerpo a las espadas». Y ella misma ofreció su cuello para que en él hiciera la prueba. El soldado creyéndola invulnerable, le descargó un recio golpe que hizo rodar por tierra su cabeza.

He ahí lo que unas santas mujeres hicieron antes de servir a otros de tropiezo y pecado.

§ 6. —*De la religión*

52. El primer Mandamiento del Décalogo nos obliga además a practicar la virtud de la religión.

¿Y qué es religión?

Una virtud por la que rendimos a Dios el culto que se le debe.

Aquí va incluída, como bien se comprende, la obligación de venerar a la Madre de Dios, a los ángeles y a los Santos, así como también sus reliquias e imágenes; advirtiéndole que en éstas no veneramos, al estilo de los idólatras, el metal, la madera o la tela en que están hechas sino a los Santos allí representados.

53. Contrarias a esta virtud son la *superstición* y la *irreligiosidad*.

La superstición consiste: a) En dar a Dios o a los santos un culto indebido; como sería, por ejemplo, *adorar* a la Santísima Virgen como a un ser divino, según practicaron ciertos herejes, o exponer a la veneración de los fieles reliquias falsas de Santos o predicar de ellos falsos milagros.

b) Es el gravísimo pecado de otorgar a las criaturas lo que es atributo exclusivo de Dios.

En lo cual se incluyen estos cuatro géneros de-

superstición: *idolatría, adivinación, magia y vana observancia.*

Idolatría fue la de aquellos gentiles que adoraron como divinidades a hombres mortales y hasta las mismas bestias, o a estatuas o a otras criaturas.

Adivinación es pretender adivinar cosas futuras u ocultas por pacto expreso o tácito con el demonio; así, los que hacen girar el cuadro mágico para descubrir al autor de algún robo.

Magia, que viene a ser lo mismo que la adivinación, con la diferencia de que en la magia se utiliza al demonio para conseguir efectos que superan las fuerzas naturales.

Todos estos son pecados gravísimos, anatematizados por Dios con grandes castigos: «*La persona que se desviare de Mí para ir a consultar a magos y adivinos, y se abandonara a ellos, Yo mostraré mi saña contra ella y la exterminaré de en medio de mi pueblo*» (Lev. 20,6).

Vana observancia, que consiste en buscar el cumplimiento de algún deseo o el remedio de alguna enfermedad o dolor practicando medios irrisorios, como pronunciar ciertas fórmulas o ensalmos estando de espaldas o con una vela amarilla o con tantas velas (ni una más ni una menos) o con los ojos cerrados o santiguándose con la mano izquierda.

Dejaos vosotros de semejantes circunstancias y simplezas. ¿No es de Dios de quien esperáis los favores? Pues entonces sobran todas esas tonterías. ¿O es que la ayuda la esperáis del demonio? Pero eso sería andar en tratos con el enemigo de Dios y, por consiguiente, horrible pecado.

54. Guardaos, pues, de toda esa superchería de

signos, amuletos, palabras cabalísticas que sirven para las lombrices, librarse de perro rabioso, calmar dolores, cortar hemorragias, quebrar la furia de la tempestad, conciliarse la voluntad de otra persona y cosas semejantes. Todo ello es pecado grave, mejor dicho gravísimo; y todo ello es, por añadidura, sarta de embustes, engaños y rapacerías, entre las que perderás —si en ellas crees— no sólo dinero, más también el alma. Si en alguna de esas tribulaciones te vieres, recurre al Santísimo Sacramento, a Jesús crucificado, a la Virgen María, a algún Santo de tu devoción, al empleo de *sacramentales* o de cosas bendicidas por la Iglesia, y así podrás tener las gracias que desees sin ofender a Dios; de lo contrario, no remediarás tus males y condenarás tu alma.

55. Lo dicho hasta aquí pertenece al primero de los pecados contra la virtud de la religión que es la *superstición*.

Digamos algo ahora acerca del otro pecado que es la *irreligiosidad*. Es ésta una irreverencia que contra Dios se comete por alguna de estas tres maneras; o *tentando a Dios o por sacrilegio o por simonía*.

Tentar a Dios sería por ejemplo, tirarse a un pozo para que Dios demuestre su poder sacándonos de él. Esto es pecado mortal.

Sacrilegio: Puede ser *personal, local y real*.

Es personal cuando se ultraja a persona sagrada, como sería golpear a un clérigo o a un religioso de uno u otro sexo.

En el derecho canónico solamente se castiga la injuria *real*. Dícese injuria real en oposición a la *verbal*; y es la que se comete por obra o con hechos contra la integridad del cuerpo, contra la libertad o con-

tra la dignidad de la persona. Las penas son excomunión, y además, según los casos, pena de infamia, degradación y privación de beneficios, oficios y dignidades. Y si la injuria (en el sentido que hemos dicho) fue contra la persona del Romano Pontífice, el ofensor es declarado también vitando, es decir, que los fieles deben evitar todo trato con él en asuntos profanos, a no ser que se trate de cónyuge, padres, hijos, criados, súbditos y, en general, a no ser que haya alguna causa razonable que excuse.

Comete igualmente sacrilegio quien peca deshonestamente con persona obligada con voto de castidad.

El sacrilegio local se comete cuando externamente, con hechos o con palabras, se peca en lugar sagrado, como sería robar, hablar obscenidades o blasfemar dentro de la iglesia.

El *sacrilegio es real* cuando se profana alguna cosa sagrada, como sería recibir un Sacramento de vivos en pecado mortal, tratar con desprecio las reliquias de los Santos, las cruces, las imágenes sagradas, rosarios, etcetera, o servirse de las cosas sagradas (y esto sería mayor sacrilegio) para pecar.

Simonía es comprar o vender por precio temporal cosas espirituales o anejas a ellas. Pecan, por consiguiente contra la virtud de la religión los que con dinero o a cambio de un servicio prestado o con cualquiera otra cosa valorable en dinero pretenden comprar reliquias de Santos, la absolución del confesor, las órdenes sagradas, algún beneficio eclesiástico o cosa semejante.

Apéndice

La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo

Pío XII dijo que lo más excelente que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo».

«Si buscamos, dice, una definición de la esencia de esta verdadera Iglesia de Cristo, que es santa, católica apóstolica y romana Iglesia, no se puede hallar nada más excelente y egregio, nada más divino que aquella expresión con se llama «Cuerpo místico de Cristo» (Enc. *Mystici Corporis*).

Doctrina de San Pablo

La iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza de ese cuerpo.

«Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo» (1 Cor 12, 1-11).

La cabeza de este cuerpo es Cristo (Col 1,18; Efes 4, 15-16) y por El mantiene unido todo el cuerpo (Efes 1,22) Cristo es la imagen de Dios invisible y en El fueron creadas todas las cosas, El es antes que todos y todo subsiste en El.

Los miembros de este cuerpo son los *fieles* (1 Cor 12, 4-5, 27), los que por el bautismo se incorporan a la Iglesia. Por esto San Pablo llama a la Iglesia «cuerpo de Cristo». El Cristo total es Cristo y nosotros. El cristiano en gracia forma como una cosa con Cristo, el cual, por medio de los Sacramentos comunica su vida divina a los fieles que en El creen.